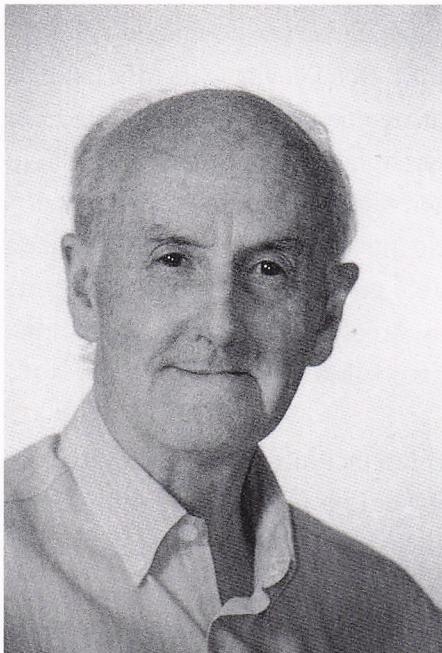


CASA SALESIANA

“DON PEDRO RICALDONE”
SEVILLA



Cuando aún no llevaba un año de existencia esta Casa dedicada de un modo específico, aparte otras actividades, a los hermanos enfermos y mayores, volaba al cielo, después de una larga enfermedad, nuestro querido hermano sacerdote

D. ANDRÉS GARCÍA ROSAS

Ocurrió el domingo 3 de agosto de 1997, a las 9 de la mañana, mientras la enfermera le servía el desayuno. La diabetes fue su cruz durante mucho tiempo. Diversas dolencias vinieron a sumarse a ella, entre otras, la debilitación de la vista y la dificultad para la cicatrización de las heridas. En un accidente fortuito sufrió la fractura de una pierna, que vino a empeorar su estado. Necesitó ser atendido en muchos momentos, por no poder valerse por sí mismo, ser internado en el hospital, guardar cama, estado que le llenó de llagas distribuidas por todo el cuerpo, que no era posible curar. Se le produjo un derrame cerebral que le dificultaba el habla y finalmente una gran infección de orina. Con este cuadro clínico era imposible vivir.

Preparado con la Unción de los enfermos, a la edad de setenta y seis años que se disponía a cumplir el día 29 de agosto, dejaba esta tierra en la espera de la resurrección.

Avisados sus hermanos, con la rapidez que el caso requería, llegaron a las pocas horas de Elche (Alicante) y de Pedroche (Córdoba).

Al día siguiente, en el Santuario de María Auxiliadora, que es atendido por esta Comunidad, se celebraron las exequias. Ausentes el Sr. Inspector, por encontrarse en Togo visitando a nuestros hermanos misioneros, y el Vicario, preside el funeral el Sr. Ecónomo Inspectorial, D. Manuel Martínez Morilla. Concelebraron unos cuarenta sacerdotes, con la participación de miembros de la Familia Salesiana y amigos del difunto. Tras el funeral, sus restos fueron inhumados en el panteón salesiano del cementerio de San Fernando, de Sevilla.

ITINERARIO INSPECTORIAL DE D. ANDRÉS

Nos han ayudado a redactar esta semblanza de nuestro hermano, los escritos que nos ha dejado, entre ellos la historia resumida de su vida con los hechos, fechas y lugares por donde pasó desde su nacimiento hasta los más próximos a su defunción. Este dato nos hace sospechar que estaba persuadido de que pronto nos dejaría.

Nace en Pedroche (Córdoba) el día 29 de agosto del año 1921 y a los pocos días fue bautizado, imponiéndosele el nombre de Andrés Juan Bautista y a los cinco años, según testimonio de él mismo, “sabía leer y escribir fácilmente”. En la Pascua de 1928 recibe la primera comunión en la parroquia de su pueblo.

Corrían tiempos difíciles en España, y sus padres lo ingresan como interno en el colegio que regentaban los Carmelitas en Hinojosa del Duque (Córdoba). Andrés contaba entonces con diez años de edad. El deseo de sus padres era que realizara los estudios primarios y ver la posibilidad vocacional, ya que su santa madre le había manifestado la alegría que sentiría si Andrés algún día fuera religioso y sacerdote. Su madre era Terciaria Carmelita.

Dos años después entra en contacto con la Comunidad Salesiana de Pozoblanco (Córdoba), siendo acogido por el Director D. Antonio de Muiño, de memorable memoria en nuestra Inspectoría. Quince días fueron suficientes para que el Director descubriera en aquél muchacho la posibilidad de ser salesiano. Tanto más que un compañero, con quien compartió los años de colegio, se encontraba como aspirante salesiano en Montilla, desde donde le enviaba con frecuencia propaganda del centro. En plena Novena de la Inmaculada del año 1933 es recibido por

otro gran salesiano, D. Florencio Sánchez. Allí se da a conocer como solista, pues él mismo reconoce que el Señor le había dotado “de una bonita voz”.

Desde el año 1934 a 1939 realiza los estudios que le dispondrían para iniciar el noviciado en San José del Valle (Cádiz). Concluido el cual, el día 16 de agosto del año 1940 “me consagré, dice, a Dios en la Congregación salesiana con alegría de corazón”. Allí mismo, durante dos años realizaría los estudios de filosofía.

En 1942 es destinado a la casa de Ecija (Sevilla), para realizar la experiencia práctica durante cuatro años, ya que él deseaba unirse a sus compañeros que habían realizado tres años de estudios filosóficos.

La preparación inmediata para el sacerdocio la inicia en Carabanchel (Madrid) en el año 1946. El deseo de llegar convenientemente preparado, se refleja en su diario con una actitud muy exigente consigo mismo. El día 29 de junio del año 1950 “el Señor culminó en mí sus maravillas haciéndome partícipe de su sacerdocio”. De aquella importante fecha guardaba como una reliquia la cinta de su ordenación.

“Mis primeras experiencias tuvieron como campo la casa recientemente abierta de Granada de la mano del inolvidable D. José M.^a Manfredini y el estímulo del celoso sacerdote salesiano D. Angel Mateos”.

De aquella casa en construcción y con escasos medios materiales y económicos, pasa a Jerez de la Frontera (Cádiz), donde permanecerá hasta el año 1959, en la obra que construyera y donara a la Congregación el inolvidable sacerdote D. Juan Torres Silva.

Pasa a Utrera donde durante cuatro años trabaja como responsable de la sección de San Diego, de niños gratuitos, al mismo tiempo que atendía las confesiones de los alumnos de bachillerato.

En 1963 es destinado como Director a la Casa de Arcos de la Frontera (Cádiz); trabaja incansablemente para hacer posible la continuidad de la obra que cumplía setenta años de existencia. Recuerda gozoso su entrega alegre a los niños de aquella barriada eminentemente popular. Cuatro años más tarde, en 1967, le toca la difícil misión de poner fin a nuestra presencia salesiana en aquella población, a donde habían llegado los salesianos en 1916. Circunstancias de diversa índole no hicieron posible sus anhelos de continuidad.

Tras breve estancia en Frenegal de la Sierra (Badajoz) y en Sevilla-Triana, empieza un largo período en Carmona, que abarca de 1970 a 1979. Su entrega constante a los muchachos, llevando adelante la disciplina y la labor pastoral, su atención a las religiosas de clausura, siguiendo la tradición de la casa, hoy centenaria, que tanto bien ha realizado y sigue realizando, llenan plenamente su vida.

Después pasa un año en la casa de Rota, supliendo a un hermano, y más tarde tres años en Morón como Administrador. Seguidamente es la Casa de Campano, atendiendo a los niños que llegaban de los pueblos cercanos, su campo de trabajo.

Pero su endeble salud, y la edad, van mermando sus fuerzas. Él mismo lo reconoce: "Mi edad, sesenta y tres años, y sobre todo mi deficiente salud, la diabetes, se manifestó pronto, a lo que se unió un avanzado reumatismo en los hombros. Perdí peso, fuerza; el descanso se me hacía molesto. Por todo ello los superiores creyeron oportuno, en los

primeros meses del curso, cambiarme de ocupación y de aires. Y así a finales de agosto me traslado de nuevo a la Casa de Carmona, donde permanezco hasta el año 1988, atendiendo a la formación religiosa y a las ocupaciones que la salud me permitía”... “Mi gratitud a los hermanos que me atendieron y a los médicos que no ahorraron medios para curarme”.

Tres años en la casa de Huelva, con un continuo quebrantamiento de su organismo debido a las condiciones ambientales, tales como la humedad, la contaminación del aire. La bronquitis se hace crónica, impidiéndole conciliar el sueño, al mismo tiempo que la diabetes se hacía más pertinaz.

La Casa de Espiritualidad de Sanlúcar la Mayor (Sevilla), es garantía de paz y tranquilidad. Los Novicios le acompañaban y le servían en cuantas necesidades se le presentaban. “Y así durante seis años, en los cuales ejercía su función sacerdotal en las confesiones de la Comunidad y en los Novicios”.

La enfermedad avanza inexorablemente, por lo cual se le invitó a formar parte de la Comunidad de esta casa, recién habilitada para enfermos y mayores. El cariño de los hermanos, enfermeras, Hermanas de Caridad en los momentos de hospitalización, y las visitas de los novicios y de personas conocidas, hacían más llevadera la vida monótona de D. Andrés. Su unión con Dios y la participación en la Eucaristía y el rezo del santo Rosario eran los momentos oficiales de contacto con el Señor. Mientras pudo hablar participaba en la conversación con sus ocurrencias, agradeciendo siempre las atenciones que se le prodigaban.

Examinando este currículum de su paso por diferentes Comunida-

des de nuestra Inspectoría, se descubre en D. Andrés al hombre siempre con total disponibilidad a lo que se le pidiera; la mayoría de sus cambios tuvieron su origen en la necesidad de cubrir algún puesto o atender a alguna incidencia que, con cierta frecuencia, se producen en nuestras Casas. Y los superiores siempre encontraron en él al hombre, al religioso, dispuesto a marchar al lugar que le proponían. Y esto no siempre era cosa agradable, pues su buen carácter le granjeaba muchos conocidos y amigos, a los que no siempre se dejan con facilidad. Pero él sabía bien que no es el corazón ni los gustos los que deben prevalecer en nuestra conducta, sino la voluntad de Dios manifestada a través de una obediencia.

ESPIRITUALIDAD DE D. ANDRÉS

Juntamente con el curriculum vitae nos ha dejado una libreta en la que podemos descubrir una auténtica radiografía de su vida espiritual desde el 1.º de octubre del año 1945 hasta 1994. Cincuenta años de historia de vida salesiana de D. Andrés. Es consolador ver cómo el Señor mima a nuestra Congregación con hombres que son para nosotros modelos de santidad. Nuestra gratitud por este gran don.

No es fácil sintetizar en unas líneas los rasgos de hombres que han vivido intensamente la entrega al Señor. De todos modos subrayaremos aquellas características que nos inviten a seguir más de cerca al Señor.

Cuando se observa su infancia y adolescencia, podemos deducir que el Señor le dota de rasgos que indican cómo lo iba preparando para su labor educadora. Era un hombre bueno, que con su bondad iba dejando huellas por donde pasaba. Su aptitud para la música, que cultivó para dar esplendor para las funciones religiosas y los actos académicos.

La amistad, a la que rendía verdadero culto, como se puede observar por las listas de direcciones, teléfonos de quienes se relacionaron con él, sobre todo de numerosos antiguos alumnos.

Pero debemos señalar la verdadera predilección que sentía por sus familiares, a los que solía visitar. Los hermanos le veneraban. En el verano esperaban con ilusión su llegada y donde estuviera se hacía acompañar para visitar el párroco y ponerse a su disposición, sobre todo para celebrar la Eucaristía.

La gratitud es otra constante que practicó en grado sumo y de una manera habitual. Expresiones como: “Dios te lo pague”, “gracias”, “muchas gracias”, etc., las tenía siempre a flor de labios.

En los cargos que la obediencia le encomendó, especialmente las veces que eran misiones de especial responsabilidad, que no fueron pocas, demostró su fidelidad y entrega generosa.

Su presencia entre los niños y muchachos era un modelo de “asistencia”. Durante el tiempo que los niños estaban en el patio, animaba y compartía los juegos, al mismo tiempo que bromeaba con los que le rodeaban. Realmente se hizo sencillo con los sencillos.

Aparece muy bien en su vida la dimensión salesiana que le lleva a poner todo su afán en el bien de los muchachos y jóvenes. Su preocupación y dedicación a la educación humana, promoción, y la formación religiosa fueron una constante en su apostolado. La mayor parte de su vida salesiana se desarrolló en pueblos o ciudades pequeñas, donde predominaban las clases populares, y en las que se crea con mayor facilidad un clima de familia, que hace posible una incidencia más intensa no sólo con los niños, sino también con sus familias y entorno.

Volviendo a su diario espiritual, encontramos en él rasgos de su verdadera personalidad cristiana. Resaltan como momentos más importantes: su bautismo y la primera comunión, la impronta de su madre pidiendo al Señor por su vocación.

El programa de vida que se trazó al concluir su noviciado podría considerarse como modelo perfecto. Siempre aparece en primer lugar la piedad y una insistencia constante en la meditación. Adquieren un relieve especial los retiros mensuales y los Ejercicios Espirituales.

De su preocupación por los jóvenes y los niños es clarificador un texto tomado de la Imitación de Cristo, que no me resigno a dejar de mencionar: “Respetá en el niño la inocencia directamente, no poniéndole en la ocasión; indirectamente con tu conducta intachable. Respeta la personalidad del niño. Él es persona y más tarde un hombre del que tal vez necesites o dependas. Respeta la conciencia del niño, no violentándola ni penetrando en ella, ya de palabra ya con una curiosidad extrema y no de muy buena intención. No es él para nosotros, sino nosotros para él. Debemos hacer germinar las virtudes y dones que el Espíritu Santo sembró en su alma”.

Al iniciar los estudios de Teología, desde el primer curso podemos observar en nuestro hermano una preocupación continua para prepararse al sacerdocio. Y precisamente en este año podemos encontrar una página en la que aparece su amor a María Auxiliadora pidiéndole de un modo especial que, como madre que es, le sirva de guía en todo momento. Esta devoción a la Virgen le acompañará siempre en toda su vida y a Ella acudirá en los momentos difíciles, como a quien le puede prestar el mejor auxilio. En cuantos momentos tuvo ocasión de ello, se esmeró en propagar su devoción.

Concluidos los estudios de Teología recibe la Ordenación Sacerdotal dejando plasmado en su diario un programa de vida sacerdotal repitiendo con frecuencia la expresión de Jesús “por ellos me santifico”.

Los años de sacerdocio que vivió en Granada, así como la experiencia de vida religiosa, le marcaron para toda la vida, ya que eran una viva imagen del primer oratorio de D. Bosco.

Durante los últimos meses de su enfermedad eran la Eucaristía y el rezo del Santo Rosario las prácticas que animaban la unión con Dios. Los sábados, al concluir la comida, nos dirigíamos a la capilla para honrar a María Auxiliadora con el canto de la Salve que él seguía con el pequeño hilo de voz que le quedaba.

Sobre el sacramento de la Reconciliación nos dejó este testimonio, que nos dice de la alta estima que le profesaba: “No debo dilatar demasiado el disfrute de la alegría consoladora del perdón de Dios y el encuentro con Él en el sacramento de la reconciliación”.

Muchas cosas más podríamos añadir a esta semblanza de D. Andrés. El año 1994, en uno de sus retiros, nos deja esta lección: “No hemos de olvidarnos de dar gracias a Dios por tantas cosas buenas recibidas”. Y eso precisamente es lo que nuestra Familia Salesiana debe agradecer por el regalo de su persona a los jóvenes.

Estamos seguros que D. Andrés desde el cielo debe estar agradeciendo a las numerosas personas que le cuidaron los desvelos que le prodigaron. Nosotros lo hacemos de un modo especial a quienes le cuidaron en el tiempo de su enfermedad.

Pidamos al Señor, dueño de la mies, que, por la intercesión de D. Andrés, nos envíe vocaciones que se santifiquen en medio de los jóvenes.

Rafael Mata y Comunidad

Datos para el necrologio
Sac. Andrés García Rosas.

Nació el 29 de agosto de 1921. Hizo su primera profesión el 16 de agosto de 1940. Fue ordenado Presbítero el 29 de junio de 1950. Falleció en Sevilla el 3 de agosto de 1997, a los setenta y seis años de edad.